

Identidad y sindicalismo de clase: ¿Un fracaso histórico?

© José Luis Corral, historiador y escritor, 2015

La historia no es solo imprescindible para estudiar el pasado, sino también para entender el presente. Por eso, la historia ha sido un arma ideológica formidable.

A finales del año 2010 Angela Merkel, la flamante canciller de Alemania, presentó un anteproyecto en el Parlamento Europeo cuyo objetivo era el escribir una historia de Europa donde se pusieran en común las raíces de todos los europeos. ¿Buena idea? ¡Qué bien! ¿No? ¡Una historia de Europa para todos! Desde mi punto de vista, sin embargo, la propuesta tiene trampa, mucha trampa, porque una historia en donde se pongan en común las raíces de todos los europeos, planteada de esta manera y por un partido tan conservador como el que preside la señora Merkel, lo que pretende es uniformar la idea de la historia de todos los europeos y borrar buena parte de las raíces y de la diversidad, para quedarse con una única visión del pasado.

Sin embargo, la historia no tiene una raíz única; la historia de cada uno de nosotros está empapada de una serie de valores, pero también, obviamente, de una serie de defectos de muchas culturas, de muchas civilizaciones, con una enorme variedad que, desde luego, está muy alejada de ese pensamiento único que cada vez más está campando por sus fueros, no solamente en la globalización económica, sino también en una

globalización cultural que está destruyendo nuestras verdaderas raíces culturales.

De modo que la historia sí es importante, sí es trascendente, sí es contundente como arma ideológica; tanto que la política más importante, la más influyente en estos momentos de Europa, Angela Merkel, pretende que exista una historia única en la cual se sientan reflejados todos los europeos; me imagino que a partir de los valores que ella pretende defender, que están muy alejados de los que defienden otros europeos.

Yo soy medievalista y en la Edad Media no había sindicatos. No había sindicatos porque no había capitalismo o, mejor dicho, el capitalismo no era el sistema económico dominante, no era el modo de producción en aquella época, permítanme esta expresión marxista a pesar de que hoy te pueden considerar hereje por utilizarla. Pero aunque no había sindicatos, sí había trabajadores y aunque estos no tenían ninguna posibilidad de reivindicar sus derechos, en no pocas ocasiones se producían revueltas. Hubo revueltas en el mundo antiguo y en el mundo medieval, y hubo revueltas laborales en el mundo moderno, algunas muy

importantes, pero no eran revoluciones. La diferencia entre una revuelta y una revolución es esencial, importantísima y es entendible desde posturas contemporáneas, no desde posturas antiguas o medievales. Una revuelta o un estallido social suelen producirse casi siempre por problemas básicos de subsistencia, por crisis económicas desde el punto de vista de la alimentación, o por crisis económicas desde el punto de vista de una opresión excesiva; pero no existe en esas revueltas ni liderazgo político, ni organización, ni objetivos. En una revolución sí, en una revolución hay un esquema revolucionario, hay líderes, hay objetivos, hay planteamientos, hay ideología. Pero esa carencia de ideología de los trabajadores de la Edad Media o de los trabajadores de la Edad Moderna, no implicaba la exención de una opresión absolutamente indecente por parte de los poderosos.

El control del poder ha sido siempre una obsesión para la clase dirigente: en la época Medieval, la clase dirigente feudal, en la época Antigua los propietarios, los latifundistas de las grandes extensiones, de los grandes latifundios del mundo romano o del imperio persa o del mundo antiguo. Ahora, en el mundo



Ilustración tomada de <http://socialismorevolucionario.org.ve/?p=3387> (foto archivo prensa SR-CIT)

capitalista, el propietario del capital es el que tiene esa obsesión por el poder. Desafortunadamente, la obsesión por el poder se ha convertido, en no pocas ocasiones, en una cuestión fundamental para la opresión.

Hasta mediados del siglo XIX, apenas había reivindicación en la historia. Hasta mediados del siglo XIX la historia consistía en la recreación de los hechos del pasado, donde evidentemente solo cabían los grandes personajes: papas, reyes, obispos, las grandes hazañas, fundamentalmente batallas, y desde luego las relaciones entre los Estados, condicionadas casi siempre por la guerra y por el enfrentamiento. Esa historia, que probablemente buena parte de la derecha europea querría que fuera la única Historia, en consonancia con el planteamiento de Angela Merkel, va en esa dirección.

Pero a mitad del siglo XIX, Carlos Marx, Federico Engels y algunos otros socialistas plantearon que la historia servía para cosas más importantes, más trascendentes, más decisivas para el ser humano que simplemente contar los hechos acaecidos protagonizados por los “grandes héroes” del pasado. A partir de Marx y Engels la historia se convirtió en una necesidad para la clase trabajadora, una necesidad que, sin embargo, los trabajadores han dejado de lado en ocasiones, lo que yo creo que es un tremendo error. No en vano, cuando Carlos Marx puso en marcha la Primera Internacional, con la escisión de los anarquistas, la primera gran agrupación de trabajadores, la historia forma parte fundamental de los planteamientos fundacionales de esa Primera Internacional. En la Segunda Internacional ocurre exactamente lo mismo, la

Historia sigue siendo básica, tanto que los partidos socialistas y los partidos de izquierdas de principios del siglo XX, ya en plena Segunda Internacional, plantean una cuestión que va a estar abocada al fracaso, seguramente por posiciones equívocas.

La cuestión es la siguiente: hacia 1913 se veía venir que en Europa iba a estallar una guerra, la que luego se llamó “La Gran Guerra”, la Primera Guerra Mundial. Los sindicatos y los partidos de izquierdas, justo antes de comenzar la contienda, planteaban que una guerra a gran escala continental iba a ser imposible porque el sentimiento de solidaridad de clase y de pertenencia a una clase social, la clase trabajadora, iba a estar muy por encima del de pertenencia a un Estado o a una nación. Se afirmaba que el sentimiento de clase superaría al sentimiento nacional y, en consecuencia, si en una trincheras

se tenían que enfrentar los obreros alemanes con los obreros franceses o ingleses, los obreros franceses y los obreros alemanes no se dispararían entre sí, no se matarían mutuamente, sino que se darían un abrazo de trincheras a trincheras, de solidaridad de clase. No ocurrió así, y los obreros alemanes, los obreros belgas, los holandeses, los italianos, los austriacos, los franceses, los ingleses y luego los americanos se mataron en las trincheras. Eso fue terrible para una buena parte de los grandes ideólogos de la Segunda Internacional, como Rosa Luxemburgo, porque creían que el sentimiento de solidaridad de clase iba a evitar enfrentamientos mortales entre los trabajadores. Pero resultó que no, y el hecho es que estalló la guerra y obreros de distintas naciones se mataron entre sí; resultó que el sentimiento nacional, por las razones que sean, y en este tema son muy considerables las divergencias historiográficas, estuvo por encima de la solidaridad de clase. Desgraciadamente la historia que se ha enseñado, sobre todo en España durante cuarenta años de franquismo, ha sido una historia manipulada, tergiversada, presuntamente desprovista y descargada de ideología, cuando en realidad contiene una carga ideológica conservadora profundísima y es en esa misma historia, y especialmente en el movimiento sindical, en el movimiento obrero, en donde más se intuye esa presión de la historiografía conservadora por manipular, por evitar, por tergiversar el debate acerca de la importancia de las masas.

En septiembre de 2004, José María Aznar, que hacía unos pocos meses que había dejado ya la presidencia del Gobierno de España tras las elecciones de marzo, en una conferencia que pronunció en la Universidad de Georgetown, que se titulaba “Siete claves del terrorismo internacional” y que se colgó en la página de la Fundación FAES del Partido Popular, afirmaba que en España en la Edad Media había habido una lucha entre “nosotros” y los

musulmanes, y que “gracias a Dios” —a Dios recurre con frecuencia el señor Aznar—, “había acabado la cosa bien”, lo que equivalía a decir que “nosotros”, los buenos, los cristianos, habíamos ganado aquella guerra; es decir, una serie de barbaridades históricas absolutamente asombrosas que estaban transmitiendo ese mensaje de falsificación de nuestra historia.

“ A partir de Marx y Engels la historia se convirtió en una necesidad para la clase trabajadora.

”

Eso mismo sigue ocurriendo ahora casi todos los días. Se sigue tergiversando el pasado, se sigue excluyendo del protagonismo de la historia a la gente, a las masas anónimas que han sufrido enormemente porque no ha habido conciencia histórica, porque no ha habido conciencia de clase.

La existencia de sindicatos y de partidos políticos de izquierda no conlleva que haya conciencia de clase entre los trabajadores. Si la hubiera, no pasaría lo que está pasando y esto es un razonamiento histórico, no político. Ahora bien, los sindicatos, desde la perspectiva del historiador, a partir de esta serie de planteamientos y de ese fracaso que supusieron las dos Guerras Mundiales, y en cierto modo el fracaso de buena parte de las expresiones prácticas de la izquierda cuando se pusieron en marcha, como fue por ejemplo el considerable fiasco que supusieron los regímenes comunistas, expresan la extraordinaria simplificación que se ha hecho del socialismo y del marxismo. Recuerdo ahora, por ejemplo, un texto de Lenin, un pequeño libro que se llama *Marxismo y fuentes integrantes del marxismo* donde plantea una serie de posicionamientos demasiado sim-

plistas. Mao Tse Tung todavía realizó a principios de los años sesenta todavía una simplificación mayor semejante a la puesta en marcha durante el período estalinista.

Una teoría tan compleja, tan fecunda desde el punto de vista histórico como el marxismo, se simplifica, se reduce hasta el absurdo y se utilizan esquemas tan simplistas que convierten al marxismo en una práctica perversa. Tanto los regímenes comunistas que intentaron aplicar la perversa simplicidad del leninismo, más tarde el maoísmo, o bien los partidos socialdemócratas que derivaron hacia posturas neoliberales en los años cincuenta, favorecieron que el movimiento obrero y el movimiento sindical hayan pasado por una serie de contradicciones internas considerables. El papel de los sindicatos en toda Europa se ha desarrollado y ha crecido cuando ha habido dirigentes comprometidos y honestos, pero no lo han hecho cuando se ha transmitido esa presunta idea de conciencia de clase, de pertenencia de clase, de lucha social, de lucha reivindicativa por los derechos de los trabajadores, sino cuando ha habido dirigentes comprometidos y, curiosamente, en épocas de crecimiento económico, en épocas en las cuales la situación económica, los salarios y el nivel de vida han sido mejores.

Por el contrario, en el último siglo y medio, la debilidad de las asociaciones en principio y después de los sindicatos de trabajadores ha sido máxima cuando ha habido un posicionamiento cercano al poder. Y da igual que haya sido el poder de una sociedad burguesa como las occidentales o el poder en países gobernados por regímenes comunistas.

Otro hecho incuestionable en España, salvando el paréntesis tremendo que supuso la Guerra Civil y el franquismo por la persecución sistemática a los sindicatos y a todas las organizaciones de trabajadores y por la represión de todo aquello que sonara o que oliera a ideología de iz-

quierdas y reivindicativa, ha sido el acierto que ha significado la unidad de acción de los sindicatos.

Es cierto que cuando han existido dos o tres grandes organizaciones sindicales, sobre todo en los momentos de creación, consolidación y crecimiento de esas organizaciones, se han producido notables desencuentros. Ocurrió con la fundación de CC. OO. y la recuperación después del franquismo de la UGT. CC. OO. nació en el corazón de los sindicatos verticales, frente a UGT, cuya recuperación y consolidación fue algo más tardía, y planteaba la participación en la lucha sindical, en la lucha política fuera de esos sindicatos verticales. Ignoro qué hubiera sido mejor; eso es agua pasada evidentemente, pero sí es cierto que la unidad de acción sindical ha servido para dar pasos en una dirección mucho más segura, mucho más firme que en otras épocas en las cuales la desunión o las diferencias sindicales eran más patentes.

La UGT ha disputado la carrera política paralela y del brazo del PSOE durante mucho tiempo, hasta que rompió en 1985; no fue una ruptura total, pero se acabó esa especie de matrimonio de conveniencia que se había mantenido durante cien años. La ruptura entre UGT y PSOE y el acercamiento a Comisiones Obreras, ha producido, desde luego, importantes avances en la lucha sindical. La Huelga General del 14 de diciembre de 1988 no hubiera sido tan importante sin la unidad sindical; algunos avances sociales y ciertas conquistas laborales de los trabajadores no hubieran sido posibles sin la unidad de acción en la lucha sindical.

En los quince primeros años del siglo XX Alemania, que sigue siendo el referente para tantas cosas en Europa, está demandando trabajadores españoles, aunque es verdad que suelen colocar esa coletilla de “trabajadores cualificados”. Es curioso cómo los europeos desmontan con la práctica el mito de que los españoles

son malos trabajadores; ese mito se ha venido abajo estrepitosamente. Sin embargo, el que no se ha venido abajo es el mito de los empresarios españoles en Alemania, o en Gran Bretaña: no los quieren ni ver. Están demandando trabajadores españoles, pero no empresarios españoles. ¿Curioso, no? Aunque quizá no sea tan curioso; quizá sea la constatación de una práctica viciada, de unas prácticas políticas y económicas que en nuestro país vienen de lejos y que desde luego están basadas en ese control del poder, en esa obsesión por el control del poder, que desde siempre ha tenido la clase económicamente dominante. En esta época de crisis esa cuestión es todavía más evidente: la voracidad del empresario se incrementa y en las crisis del capitalismo el empresario exige reducción de los salarios y disminución de las prestaciones sociales en pensiones y en derechos laborales y sociales de todo tipo. Y no lo hacen para salir de la crisis, sino para mantener sus beneficios y, si es posible, incrementarlos.

“ El papel de los sindicatos en toda Europa se ha desarrollado y ha crecido cuando ha habido dirigentes comprometidos y honestos. ”

Con los escándalos que han estallado en el sistema financiero, parecía que la lista de procesados camino de la cárcel iba a ser mucho mayor. Parecía que iba a estar en los juzgados un número mucho mayor de los responsables de la gran cantidad de desvíos de enormes caudales de dinero que grandes empresas multinacionales y bancos españoles han derivado hacia paraísos fiscales mediante una práctica absolutamente ilegal.

No ha cambiado nada, o casi nada, en la obsesión por el control del poder político por parte de los

poderes económicos. Esto que está ocurriendo ahora en el capitalismo, esta exigencia de menos salarios, de menos prestaciones sociales por parte de los empresarios para mantener sus beneficios, es exactamente lo mismo que hacían los señores feudales en la época medieval. Los señores, cuando había una mala cosecha o una crisis de producción de materias primas o de alimentos, extorsionaban a los campesinos para seguir manteniendo su nivel de renta. Se trata, exactamente, del mismo mecanismo de extorsión, de opresión y de recorte de derechos en el caso de los trabajadores de la tierra, de los siervos de la gleba, y de todo tipo de trabajadores de la condición que sean. Los mecanismos históricos de extorsión de la clase trabajadora son similares; de nuevo, no hemos aprendido del pasado.

Tampoco conviene dejar de lado la cuestión de los sindicatos en las crisis en la historia y en la crisis contemporánea actual. La crisis del sistema financiero que afecta, por el fenómeno de la globalización, prácticamente a todo el mundo, es una crisis motivada por la especulación. En ese sentido, creo que habría que reivindicar, sobre todo desde los sindicatos, un valor fundamental: el valor del trabajo. Se hace, pero quizás no con tanta insistencia como se debería. En nuestra sociedad todavía siguen siendo predominantes los valores de esa elite dirigente que está obsesionada por el control del poder político, porque sabe que así no va a perder su poder económico: el valor del capital, el dinero fácil, la ganancia rápida y el crecimiento desbocado. Creo que los sindicatos tendrían que empezar a replantearse la cuestión del crecimiento económico. Desde el punto de vista histórico se trata de una entelequia metafísica: no existe ese crecimiento permanente; crecer hasta el infinito no deja de ser una mentira, como tantas mentiras ocultas en las cifras y en las estadísticas. Eso de

crecer permanentemente al 3, al 4, o al 5 % para crear empleo, es una de las grandes mentiras del sistema capitalista. Si no crecemos al 2,5 o al 3,5 por ciento, ya no se crea empleo; pero ¿por qué? Resulta que las grandes empresas multinacionales españolas han tenido unos beneficios extraordinarios. Endesa ha crecido en 2010 un 20 %, no un 5 %, ni un 3 %, un 20 % nada menos; pero, ¿ha creado empleo en esa misma proporción? La respuesta es no. Es más, hay empresas que obvian el valor del trabajo, que lo aminoran y ponen por encima de la mesa una serie de parámetros especulativos que no deberíamos consentir y que, desde luego, deberíamos criticar y denunciar con contundencia.

Desde el punto de vista de un historiador comprometido, los sindicatos deben ser reivindicativos, es una cuestión obvia, pero sobre todo tienen que ser coherentes con su pasado. La inmensa mayoría de los trabajadores no tienen parte, ninguna parte, en el protagonismo histórico. Carlos Marx planteaba la reivindicación del trabajo en *El capital*, una farragosa obra de más de tres mil páginas, pero también en otro libro estupendo, mucho más breve, mucho más sintético, mucho mejor escrito que se llama *Contribución a la crítica de la economía política*, editado en 1856. Es un libro fantástico porque expone con mucha más claridad las reflexiones del poder en la historia desde el socialismo científico y, además, ofrece una serie de claves importantísimas para la reivindicación del trabajo en la historia; los valores que creo que los sindicatos deberían reivindicar como fundamentales.

El trabajo es ahora un valor poco manejado, poco utilizado; incluso ha quedado relegado por la inmensa mayoría, sobre todo y desgraciadamente, por los jóvenes. El trabajo, sin embargo, es fundamental e históricamente es lo que ha generado toda una serie de plusvalías que son las que han enriquecido

a esas clases dirigentes, a esas clases que han controlado el poder económico y político. Curioso: a pesar de que el trabajo ha generado las plusvalías en el capitalismo, de que generó la renta feudal en la Edad Media, los beneficios extraordinarios de los terratenientes del mundo romano o del mundo persa, no es un valor que las clases dirigentes hayan puesto como preponderante, como principal en sus planteamientos de cara a la generación de beneficios. Ahora se habla de la investigación, de la inversión, del I+D+i, de innovación; pues bien, no hay desarrollo, ni investigación, ni innovación, sin trabajo. Es todo una entelequia, una extraordinaria tergiversación histórica, y en este caso política, con la que se pretender confundir a la gente para seguir manteniendo esa “historia de ficción”, que ha conformado la conciencia colectiva de los trabajadores y trabajadoras europeos.

Estamos en un periodo de destrucción de las ideologías. Ya casi nadie reivindica la ideología en la práctica cotidiana, no digamos nada en la práctica política, recuerden aquella frase de Felipe González, cuando volvió de China: “Lo que he aprendido en China es que no importa que el gato sea blanco o sea negro, sino que cace ratones”. No he escuchado una expresión de mayor falta de escrúpulos políticos que esa frase, que al parecer conmovió la conciencia de Felipe González, y aún le dura. No, yo creo que ese no es el camino; yo creo que hay que combatir este tipo de actuaciones tendentes al abandono de la ideología, hacia la pérdida de la conciencia de clase, hacia el olvido de la reivindicación de la historia como una disciplina intelectual de transformación de la sociedad. Es necesario conocer el pasado para transformar la sociedad; se trata de una obligación. Tiene que ser una obligación de los sindicalistas que quieran plantear qué políticas de los sindicatos son más útiles para mejorar el modo de vida de los

trabajadores. No digo “crecer” sino “mejorar” nuestro modo de vida y, sobre todo, que quieran construir una sociedad mucho más justa, mucho más democrática, mucho más participativa.

Obviamente el trabajo principal de los dirigentes sindicales es reivindicar cuestiones laborales, de trabajo, de condiciones laborales, etcétera. Pero no deberían olvidar la historia, ni de dónde venimos, ni aquellos planteamientos de las gentes, de los intelectuales de la Segunda Internacional, que de una forma casi arcangélica creían que los trabajadores alemanes y los trabajadores franceses no se iban a matar a tiros en una trinchera; porque si se olvida la historia, se olvidará a continuación que la clase dirigente pone en marcha sutiles mecanismos de falsificación y tergiversación del pasado, como Angela Merkel pretendía con esa iniciativa en el Parlamento Europeo. Seguramente, y ojalá no ocurra, en una próxima contienda volverán a matarse los trabajadores entre sí y obviamente eso irá en beneficio de todos aquellos que utilizan y han utilizado la historia tergiversándola, manipulándola y alterándola como un arma ideológica funesta.

La historia como disciplina es extraordinaria. La historia como recuperación del pasado, como memoria colectiva de todos nosotros, es un arma fundamental, pero es un arma de futuro. No debemos olvidar nuestra historia, no debemos olvidar las reivindicaciones del pasado y debemos tener siempre presente que sin el conocimiento de nuestra historia, sin saber de dónde venimos, esas clases dirigentes que durante siglos han mantenido la obsesión por el control del poder seguirán mintiendo, seguirán engañando, seguirán tergiversando, seguirán controlando los medios de comunicación, seguirán controlando historiadores para que no se recuerde el pasado, para que se pierda la memoria, para que no exista memoria colectiva que, al fin y al cabo, eso es la historia.